

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*El solteron*, por D. R. Marcilla.—*Fray Agustín*, (conclusion) por D. Faustino Mendez Gabezola.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Teatros*, por una madre de familia.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego sétimo del tomo cuarto de la *Galería de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

VII.

LA CONDESA Á MÉLIDA.

Madrid, diciembre de 18...

Cómo estás, hija mía? ya hace días que no veo tu letra, y este silencio, que no esperaba, me aflige y me abruma mas de lo que te puedo explicar.

Mi pensamiento está siempre fijo en tí, Mélida: tu imagen no se separa de mis ojos: si he de decirte la verdad! he sentido mucho el dejarte ahí tan lejos de mí, y el que te hayas casado en un pueblo que tal vez te cansará muy pronto: en una palabra, hija mía, yo, sin tí, no soy dichosa, ni podria vivir sin tus cartas: quiero además que vengas á pasar algunos días á mi lado: yo necesito verte ya, y abrazarte.

Pero qué digo? mi cariño hácia tí me hace pedirte una cosa injusta: tu primer deber hoy es complacer á tu marido y á los padres de este: no pienses en mí: si no puedes, no me escribas tampoco: yo sé cuanto me amas, y esto le basta

á mi corazon maternal: sé que el cariño que tienes á tu madre es inmenso y que nada será capaz de alterarlo.

Recibe con dignidad, pero con paciencia, las injusticias de la madre de tu esposo: todo se soporta hasta con alegría, cuando está tranquila la conciencia: no te impacientes nunca, pero jamás descieras de tu sitio: la que se humilla ante las injurias, es que las merece: óyelas tú serena, sin enojo, y no las devuelvas protestando de ellas con tu continente digno y tranquilo.

Préstate á ciertas cosas, pero no á todo lo que se te exija: y cuando te doblegues, deja conocer que lo haces mas bien por complacer á tu esposo, que por culpable debilidad.

De esta suerte, aunque, segun se dice, tengas *el enemigo en casa*, tendrás tambien amigos dentro de ella: porque tu marido, su padre y su hermano no podrán desconocer cuanto mérito hay en tu sacrificio.

Comprendo muy bien el por qué de la animadversion de tu suegra: su carácter dominante le ha dejado conocer pocas superioridades, y de las que ha reconocido se ha separado por instinto y por cálculo: pero si te halla buena hasta la sublimidad, y al mismo tiempo sencilla y humilde, tanto como prudente, no será difícil que, aun á su edad, cambie en favor tuyo, y por la influencia de tu bondad, su áspera condicion.

Siempre es malo, hija mia, que la mujer adquiriera el hábito de dominar: pero este hábito, que en los grandes círculos suaviza y modera la buena educacion, entre las gentes vulgares se hace intolerable.

La mujer culta, elegante y de talento, sabe dulcificar lo rudo de su dominio: pero cuánto mas penoso será, pobre hija mia, el que te impones esa mujer tosca! muchas veces me he preguntado por qué cedí y concedí tu mano á Bautista: pero mi conciencia se tranquiliza cuando me respondo que fué porque tú le amabas: no podía yo quitarte el supremo bien del amor, y mucho ménos conociendo que él es capaz de inspirar ese amor, y de conservarlo.

Ya es tiempo de que te hable de tus deberes para con tu marido: porque á pesar de ese luminoso talento de que te ha dotado el cielo, y que tanto me enorgullece, algunas veces, hija mia, tiemblo al pensar en tu inesperienza y juventud: solo tienes diez y seis años! permite, pues, á tu madre, ó mas bien á tu mejor amiga, algunos consejos para tu bien, algunas advertencias saludables.

Mélida, no debes obrar respecto de tu marido solo con el corazon; pídele auxilio á la reflexion y algunas veces al cálculo: así él como los demás, y segun te he dicho antes, que lo deban todo á tu bondad, pero nada á tu debilidad: que tu marido te ame, pero que te respete y te estime, y que vea en tí un instinto de justicia y de prudencia que le haga apreciar y pedir tu consejo.

Sé cariñosa y amable siempre, jamás oficiosa: todas las mujeres despreciadas, lo son porque ellas se han rebajado antes: sé la compañera de tu marido, la amiga, y el consuelo: no su servidora y menos su esclava: preven sus deseos y sus comodidades, porque ese es tu deber: pero, si despues de cumplido, le ves de un humor irascible y violento, haz como que no pones atencion en ello, y retírate á tu cuarto para no soportar lo que no mereces sufrir.

No obstante, si su irritacion nace de alguna desgracia, consuélale, y haz por dulcificarle: solo el mal humor inmotivado ó arbitrario puede tomarse por ofensa: si te dice—yo sufro—mira porqué y aliéntale con esperanzas y con la fé de tu amor.

Jamás, cuando te convida á salir con él, le respondas con un no duro y helado, ni siquiera con una excusa: acompáñele siempre que él lo desee: y para esto deja todas tus ocupaciones, todas tus distracciones, el placer de leer y el de

arreglar tu casa: sal con él, aunque te halles indispuesta, aunque te halles triste ó poseida de esa melancolia que á veces nos atormenta, y que nace de los continuas luchas de la vida: porque si te niegas una vez y otra, saldrá solo para evitarse mas negativas y dentro de poco le disgustará que tú le quieras acompañar alguna vez.

Que vea en tí á su mejor, ó mejor dicho, á su único amigo: á la compañera de sus pesares y de sus alegrías: á la persona que mas le ama en este mundo.

No le ofendas nunca y conserva ese respeto que es la base de la felicidad del matrimonio: no será extraño que se falte él á sí mismo, sin embargo, porque apenas hay hombre que sepa conservar inalterable su dignidad: creen que, por lo mismo que son fuertes, tienen derecho á todo y á veces su enojo y hasta su alegría toman las formas mas ridículas: pues bien, hija mia, si en acciones ó palabras le ves descender, procura levantarle, haciendo como que no entiendes aquello, ó con el silencio mas absoluto: y despues, cuando haya vuelto á adquirir serenidad, házle ver, de un modo suave é indirecto, cuanto te ha estrañado lo que has visto.

Elógiale: siempre que te sea posible, sin adularle: tu talento sabrá—estoy segura de ello—distinguir la alabanza de la lisonja, cosa que muchas mujeres confunden, y que da muy distintos resultados: porque la alabanza enaltece al que es digno de ella: y la adulacion rebaja al que la emplea.

Una gran parte de los malos esposos lo son porque les han tocado en suerte mujeres que valen tan poco, que lo que ellos valian se ha ido disminuyendo cada dia con el contacto de aquella perfecta nulidad; por que hay mujeres que pasan por muy buenas, y que son tan inofensivas, pero tan inútiles, como los muñecos de yeso que venden los pobres artífices ambulantes que la Francia nos envía.

Los esposos de esas mujeres, al verse tan superiores á ellas, y que se doblegan bajo su férreo yugo, se creen semi-dioses, y cada dia dejan caer sobre las desdichadas mas pesadamente el látigo del despotismo.

La mujer debe ser, ante todo, digna: porque si bien la paz doméstica exige á veces sacrificios, jamás se le debe hacer el del propio decoro.

Tu marido tiene su sitio.

Tú tienes el tuyo: no los cambies jamás, por que de esa falta de equilibrio nacen todas las desgracias de las familias.

El hombre es el jefe de su casa: de él debe nacer la iniciativa para todo lo que toca á la prosperidad, al manejo de los negocios, y al porvenir de su hijos: él debe ser el amparo de los suyos, y el dueño de la hacienda: pero si la esposa tiene talento, dominará al hombre mismo con su prestigio y el de su gracia.

Bautista, hija mia, será todo lo que tú quieras que sea; porque afortunadamente no se ha casado contigo porque eres bella, sino porque eres buena, interesante y adorable.

No descuides los atractivos que debes á la naturaleza: sé elegante siempre, para ser agradable: envuélvete en el manto delicado de la distincion y de la coqueteria: viste, no como la madre de tu marido, sino como tu madre y tu hermana, y haz que tu marido vista como tú: él es igual á tí: los demas no: y del conocimiento de esta diferencia nacerán la gratitud y el respeto de Bautista para su esposa.

No dejes de escribirme, á lo menos cada dos dias, Mérida: ya ves que yo lo hago tambien, aunque en estos dias no tan largo como quisiera, porque he estado ocupada con Clara en arreglar su casa. Adios y recibe el abrazo que, con toda su alma, te envia tu madre

LUISA.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

EL SOLTERON.

«El buey suelto bien se lame»

Dice un adagio español;

Con bueyes habla el refran,

Que lo que es con hombres no.

¡Hay vida mas desdichada

Que la que hace un solteron?

Si es virtuoso... ¡qué prosa!

Si es libertino... ¡qué horror!

Visitémosle en su casa:

¡Qué desórden, Santo Dios!

Sillas, mesas, ropas, cofres,

Todo está en revolucion.

Las botas sobre la cama

Y en las botas el reloj,

El espejo hecho pedazos,

El sombrero en un rincon.

Una caja de betún

En medio del tocador,

Y los frascos de pomada
O sin fondo ó sin tapon.

Unos lentes sin cristales,
Guantes de vario color,
Mas reparad bien que todos
De una misma mano son.

Una espuerta de cigarros
Que, á juzgar por el olor,
Son regalia... de estanco
Y rejalgar del pulmon.

Su biblioteca escogida,
Novelas de Paul de Kock
Y cuadernos titulados
Folletin ó feuilleton.

La cuenta de la patrona,
La del fondista, y van dos,
La del sastre, y tantas cuentas,
Que hacen un rosario atroz.

Su situacion económica
Siempre de mal en peor,
Su crédito boca abajo,
Lo mismo que el español.

Su estado normal la crisis,
Su esperanza un ás ó un dos;
Pero en el tapete verde
Le dejan sin un cañon.

Cuando está bien de camisas,
Es prestado el paletot,
O suda grasa el sombrero,
O se le tuerce un tacon.

Quiere hacer una visita,
Y al vestirse jira de Dios!
Ya se le rompe un ojal,
Ya se le salta un boton:

Y el hombre se queda preso
Y falta á un puesto de honor
Por no tener ¡oh, vergüenza!
Dos cuartos para algodón.

En fin, para no cansar,
Come mal, cena peor,
Y duerme sobre guijarros
Metidos en un colchon.

¡Y su libertad? direis.
¡Qué, no tiene algun valor?
¡No es el Rey de sus acciones?
Esta bien dicho, á eso voy.

¡Oh, libertad! mucho vales,
No lo pongo en duda yo;
Mas toda su autonomia
¿De qué sirve al solteron?

Sirve para no acostarse
Si no cuando sale el sol
Y dormir á pierna suelta

Hasta el toque de oracion.

Sirve para que egoista

No haga ni mañana ni hoy

Un sacrificio que valga

Lo que vale un caracol;

Para que juegue al billar

Y para que beba rom;

Para que con la patrona

Arme un escándalo por

No encontrar los calcetines

Que está gastando el patron;

Porque halló media peluca

Entre la sopa de arroz,

O porque la Maritornes

En un sandio quid-pro-quo

Llevó á la novia la carta

Destinada á un acreedor.

Tal es el hogar doméstico

Del crónico solteron.

¿Quereis verle en sociedad?

Pues aún es mucho peor.

En doblando los cuarenta

Ya se sabe, una de dos:

O se queda seco, magro

Y enjuto como un carton,

O toman todos sus miembros

Una exhuberancia atroz

Y ni los diques de Holanda

Contienen la inundacion.

Si recurre á las tigeras

De Caracuel ó Grand-home,

Le cortarán el bolsillo,

Mas no un traje *comm'il faut*.

El cabello á toda prisa

Pide la jubilacion,

Y, á pesar de los cosméticos,

Se declara desertor.

El vientre protuberante,

El entrecejo feroz,

La barba hecha un matorral

Escabroso y punzador.

Las niñas le llaman viejo,

Las mas talludas coscon,

Las mamás contemporáneo

Y las viejas seductor.

Por su fecha y por su facha

Ni aun inspira compasion;

Si á esto llaman ser feliz,

Venga Dios y vealó.

Niñas, yo no soy muy viejo,

Mas por el camino voy,

Y como al estado célibe

Le profeso un santo horror,

Quiero curarme en salud,

Me canso de *estár de non*:

Así pues, mi blanca mano

¿Quién la quiere? que la doy!

Muchachas, todo me caso,

Con Quevedo digo yo,

Me caso en subasta pública:

¿Hay quien acuda al pregon?

Seré un marido escelente,

Espléndido como un Lord,

Y mas flexible que un guante

De Jourdan ó de Dubost.

Complaciente como un novio

Y corto de vista soy,

Y á mas tengo una paciencia

Como la del Santo Job.

¡A la una! no asustarse

Que á cualquiera acepto yo

Aún con aquel sobrehueso

Que llaman suegra, ¡á las dos!

.

Está visto: me retiro,

Buena ganga seré yo

Cuando ni en subasta pública

Encuentro un solo postor.

R. Marcilla.

FRAY AGUSTIN.

HISTORIA DEL SIGLO XVIII.

(Conclusion.)

Este amor, tan culpable para vos, no ha tenido nunca un carácter visible, manifiesto; se ha encerrado dentro de mí; lo he combatido largo tiempo.

—Y qué importa, si habeis cedido á él! exclamó impetuosamente el príncipe.

—Pues bien, si os juzgábais ofendido, debiais haber apelado á las leyes del honor. Esta es una de las reparaciones que un caballero no rehúsa jamás. La espada hubiera estado mejor, más dignamente en vuestra mano que una carta-orden en vuestro bolsillo.

—¿Si yo os ofreciera la reparacion de mis faltas en cambio de la de vuestra injusticia, me la concederíais?

—Inmediatamente.

—Pues bajemos: la luna alumbra el cielo y hay en el parque algunos sitios donde podamos pelear y morir.

EL ANGEL DEL HOGAR



Ne peut être reproduit.

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons
publié par la Société des Journaliers de Modes réunis

© Biblioteca Nacional de España. No. 64. à Paris.

Y el príncipe de Mortello llevó consigo al vizconde de Beauvilliers.

Llegaron al soto de Apolo y allí empuñaron sus espadas.

El príncipe atacaba con violencia procurando herir á todo trance. Su adversario se contentaba con parar.

—¡Vos me humillais, señor vizconde! exclamó fuera de sí: no quiero ninguna clase de consideraciones: la lucha es formal.

—Así lo creo, respondió Enguerrando.

Entonces pareció animarse y atacó también, pero con prudencia y sin llevar otro objeto que desarmar al príncipe. Esto no era fácil, pero al fin lo consiguió.

El príncipe, resignado, presentó su pecho y esperó el golpe fatal; pero Enguerrando tomó la espada de este y se la ofreció diciéndole:

—Si quereis empezar de nuevo, estoy á vuestras órdenes.

—Matadme, exclamó el príncipe; teneis derecho á ello; os lo pido como una gracia. La existencia sería para mí de hoy más una carga pesada. ¿No me habeis robado el corazón de Leonor?

El vizconde quedó como petrificado ante aquella desesperación tan verdadera, tan profunda.

—Envainad vuestra espada, dijo al fin, y volvamos al palacio, pues vuestra ausencia podría ser notada.

—¡Yo volver al palacio! ¿no veis mi turbación?

—Sin embargo, es preciso. Escuchad, príncipe, pasa en este instante por mí una cosa indefinible.

—Explicaos.

—No puedo; lo que siento es para mí mismo un misterio; mas adelante... tal vez... En este momento no me preguntéis nada.

—No insistiré, murmuró el príncipe.

Enguerrando le miró y vió que llevaba el pañuelo á sus ojos bañados de lágrimas. Entonces, agobiado por su emoción, por sus pensamientos secretos, por la voz que habia resonado en lo más íntimo de su alma, se dejó caer sobre un banco y ocultó su rostro entre las manos.

El que hubiera observado á aquellos dos hombres, no hubiera podido conocer cuál experimentaba mas agudo dolor.

De repente se levantó Enguerrando y dijo al príncipe:

—Yo soy el que no debe, el que no puede vol-

ver á esos salones. Juegan, hablan, bailan, traman intrigas, inventan epigramas, siembran calumnias. El escándalo dorado, el vicio, el grito, el berlanga! En fin, la corte!... Príncipe, id mañana á mi casa... allí hablaremos de cosas importantes, muy importantes. Mañana, sin falta, os espero. ¿Habeis comprendido?

—No faltaré, respondió el príncipe.

—Y guardareis secreto, ¿no es verdad?

—Secreto inviolable.

—Está bien... ¡Oh! siento que Dios ha hablado á mi alma.

V.

Nos hallamos de nuevo delante de las altas murallas del monasterio de Crozon.

Las puertas se encuentran enteramente abiertas contra lo acostumbrado. Una ceremonia importante se prepara. La multitud piadosa de los campesinos bretones se agolpa bajo sus bóvedas.

Un coche llega; dos personas se apean de él: son un caballero y una señora. Esta se empeña en vano en resistir; su compañero la obliga á marchar hácia la iglesia, diciéndole en voz baja:

—Señora, por el honor de vuestro nombre!

—Pues bien, caballero, respondió ella, consiento en seguirlos; pero lo que me habeis pedido es imposible.... no será nunca!

—Vais á juzgar... y sobre todo, recordad aquellas líneas que el vizconde me encargó á mí mismo que os entregase: «Olvidad lo pasado, no penseis mas que en pagar, con una recompensa justa, una ternura legítima».

La dama bajó la cabeza, y los dos entraron en el templo.

Era una función solemne; un día de júbilo para los religiosos y para los ángeles; una profesión iba á tener lugar.

El nuevo franciscano, arrodillado desde el principio, se levantó á una indicación del padre Bautista. Visible entonces para todos, extendió la mano y pronunció la fórmula de uso:

«Yo, Enguerrando de Beauvilliers, en religión fray Agustín, hago voto y prometo á Dios todopoderoso, á la gloriosa Virgen María, á todos los santos y á vos, mi reverendo Padre, de guardar toda mi vida los Mandamientos de la Ley de Dios y la regla de penitencia de la tercera orden de San Francisco, y satisfacer como conviniera, cuando para ello fuere llamado á voluntad de mis superiores, por las transgresiones que cometiera contra esta terce-

«a regla y contra las constituciones y estatutos de los hermanos de la estrecha observancia, viviendo en obediencia, en pobreza y en «castidad».

Un grito terrible respondió á esta fórmula sagrada.

Leonor cayó sin sentido.

Fray Agustin se estremeció, pero no volvió la cabeza y levantó los ojos al cielo con el fervor del neófito.

(Traducción.)

Faustino Mendez Cabezola.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuación.)

—¡Sí que concluirá! ¿Creeis que no he visto como registrabais el campo por si alguien os espiaba? ¿Creeis que nací ayer, y que no conozco á los hombres? Sabeis que en oro, guardo aquí el cambio de un caudal, y venís á robarlo para delatarme luego, y quedar así rico y exento de pena. Pero por Dios que no será.

A tan injusta acusacion, Salvador quedó mudo un instante, mas luego, crispando los puños, lanzóse al aragonés gritando:

—¡Yo ladron, ladron yo!

Peralta echóse atrás, sacó una pistola y apuntó al rostro.

Salvador se arrojó súbitamente al suelo y la bala atravesando el sitio que habia ocupado su cabeza se clavó en la roca.

Rugió de ira el aragonés, arrojó el arma y sacó otra igual; pero, mas listo el jóven, cogióle por los pies y le derribó, disparándose con la caída la pistola.

La lucha entonces fué horrible; en tierra ambos, en aquella pavorosa cripta á la que llegaban sordos, pero amenazadores, los bramidos de la tempestad; alumbrados apenas por la luz de una bujía, cuyo reflejo servía mas para hacer resaltar grandes masas de sombra, que para desvanecerlas; enlazados ambos como dos reptiles que procuran devorarse: oyéndose sus anhelantes respiraciones tan pronto como el silbo de la sierpe, ó cual el ronco resuello del toro acosado. Lucha espantosa, á muerte, lucha para el jóven como la del gladiador con la fiera que ha de devorarle; ella defendida con las armas que le dió la naturaleza y acrecido su poder con el ham-

bre que la ostiga; él sin otro escudo que su propio valor, ni mas esperanza que vender cara su vida y caer dignamente.

Peralta mas vigoroso, Salvador mas ágil, lo que cedía por flaqueza volvía á recobrarlo por astucia: la lucha era cada vez mas violenta, los golpes mas crueles y el afán de entrambos levantarse aun cuando no fuera sino un segundo.

Al fin logró Peralta medio incorporarse, poner una rodilla sobre el pecho de Salvador, y oprimirle con el siniestro brazo una mano y la garganta, mientras con la derecha buscaba en su bolsillo el mango de un puñal.

Salvador, con el rostro amaratado y la vista extraviada miraba en torno, y con la mano que libre tenia golpeaba violentamente al pavimento.

Peralta, iluminada su faz por una sonrisa satánica, sacó al fin el cuchillo cuya vaina algo premiosa arrancó con los dientes.

Mas al mismo tiempo, Salvador que forcejaba en vano por desasirse de su enemigo extendiendo desesperadamente el brazo, tropezó con una de las pistolas, y asíéndola por el cañon, al inclinarse Peralta para herirle, asestóle con ella un terrible golpe en el rostro. Lanzó el aragonés una especie de bramido, soltó el puñal y cayó desplomado.

Salvador se puso de pié, pasó las manos por sus ojos que cegaba la sangre de su contrario, y sin detenerse á mirar si le habia muerto, atravesó la bóveda y trepó por la escala.

El cansancio, el azoramiento y mas que todo la oscuridad de aquel sitio, pues allí no alcanzaba la luz de la bujía, imposibilitáronle largo rato para abrir la trampa; mas al fin consiguió arrancar el hierro y que cayese el tablon. Ya ponía la mano en el borde de la sima, cuando crujió la escala con un doble peso, y oyó la enronquecida voz de Peralta que decía: ni tuya ni mía, ladron, no te escaparás.

Salvador saltó apresurado fuera del pozo, miró hacia su fondo y se creyó perdido.

El aragonés con el rostro ensangrentado, profiriendo amenazas espantosas, y sin soltar el puñal, que brillaba á cada punto á la luz del relámpago que todo lo llenaba de un lívido reflejo, trepaba por las cuerdas que amenazaban romperse con el duro movimiento que les imprimía.

(Se continuará.)

María Mendoza de Vives.

TEATROS.

Dos óperas se han puesto en escena por primera vez en el regio coliseo, desde nuestra última revista. *Martha*, del maestro Flotow, desempeñada por las señoras Lagrange y Grossi, y los señores Mario y Gassier, y *Hernani*, de Verdi, interpretado por dicha señora Lagrange, y los señores Nicolini, Aldighieri y Selva.

El éxito que ha obtenido el primero de estos *spartittos*, ha sido mejor que el del segundo, si bien ninguno de los dos puede considerarse completamente lisonjero, á lo cual ha contribuido mas que el acierto con que los artistas han desempeñado sus respectivos papeles, la falta de armonia que ha resultado en su conjunto.

Los señores Baragli y Scalese han hecho su salida con la ópera *Don Pasquale*; el público recibió con benevolencia al primero y con frialdad al segundo, tributando sus aplausos á la señora Lagrange, que cantó muy bien su parte, y al Sr. Gassier, que sabe sacar mucho partido de esta ópera.

La señorita Brigni se ha dado á conocer posteriormente en el papel de Isabel en *Roberto il diavolo*, habiéndole conquistado las buenas dotes que posee algunos aplausos, á pesar de que esta ópera no es muy á propósito para que una artista novel pueda lucir sus facultades.

La novedad mas importante, que nos han ofrecido los demas teatros, ha sido una lindísima comedia en tres actos y en verso, titulada *Mañana*, original del Sr. Coupigny, y representada en el Príncipe con un éxito tan completo como merecido.

Pocas veces hemos salido tan satisfechos del teatro, como la noche en que asistimos á la primera representacion de la obra citada, cuya sencillez constituye una de sus mejores condiciones, y revela el ingenio, poco comun, de su apreciable á la par que modesto autor.

Si se nos obligase á citar alguna de las bellezas de la última produccion del Sr. Coupigny, para probar su bondad, tendríamos que copiar toda la obra; porque su bondad consiste en el gracejo admirable con que está escrita, en el creciente interés con que se desenvuelve la fábula, en la importante leccion que naturalmente se desprende de ella, en ese encanto misterioso que nos seduce y entusiasma y cuyo secreto lo-

gran sorprender muy de tarde en tarde, por desgracia, los que cultivan la literatura dramática.

Aconsejamos á nuestras lectoras que, si quieren pasar un rato muy agradable y provechoso, no dejen de ver la comedia *Mañana*, que está llamada á dar magnificas entradas al teatro del Príncipe, en el cual ha encontrado dignísimos intérpretes en las señoras Diez, Sanz y Zapatero, y los señores Catalina (D. Manuel), Pizarroso y Pastrana.

El teatro de la calle de Jovellanos nos ha dado á conocer varias obras; pero ninguna de verdadera importancia.

Ni tanto ni tan poco, comedia en tres actos original del Sr. Nuñez de Arce, es un juguete muy bien dialogado; pero inverosímil y falto de novedad: un distinguido crítico ha dicho que esta produccion pertenece al género *Marco*, y que podria pasar por hermana de *El Sol de invierno*: nosotros solo encontramos una diferencia entre ambas obras, la diferencia que existe entre la comedia y la caricatura.

Los señores Larra y Rogel nos han dado á conocer una zarzuela en dos actos y en prosa con el título de *Punto y aparte*. El libro es un mamarracho indigno del aplaudido autor de *La Oracion de la tarde*: en él está sustituida la gracia con la chocarrería y la desvergüenza. La música contribuyó á que el público no desairara esta obra, especialmente un duo cómico del acto segundo que mereció los honores de la repetición.

Otra de las obras estrenadas en el teatro de Jovellanos se titula *La perdicion de los hombres*, y es un cuadro de costumbres que recuerda los célebres sainetes de D. Ramon de la Cruz. Los espectadores celebraron alguna chistes, pero acogieron la obra con bastante frialdad. Despues de *La perdicion de los hombres*, hemos visto otra comedia en tres actos y en verso titulada *Las riendas del Gobierno*, y debida á la pluma del señor Zumel. El éxito que ha alcanzado ha sido lisonjero, y se debe en gran parte á la viveza del diálogo que está salpicado de chistes de buena ley, si bien algunos encierran una intencion política que es de lamentar se vaya enseñoreando en el teatro.

En el de Variedades se ha estrenado, como fin de fiesta, un juguete en un acto titulado *El boticario invisible*, en el cual se hizo aplaudir el estudioso actor Sr. Martinez, que caracterizó muy bien su papel.

El teatro de Novedades ha vuelto á cambiar de empresa, y la nueva compañía ha dado un beneficio á favor de las víctimas de la inundación de Alcira, estrenando con este motivo un drama en tres actos titulado *El porvenir de las familias*, que obtuvo una favorable acogida por la buena intencion con que está escrito.

S. M. la Reina, que honró con su presencia la funcion, dispensó al apreciable actor señor Alba, autor del drama, la honra de recibirle en su palco y de aceptar la dedicatoria de su obra en nombre de su augusta hija la infanta doña Isabel, que, con S. M. el Rey, asistió tambien á tan filantrópica funcion.

Una madre de familia.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

FIGURA 1.^a.—*Niña de seis años*: vestido de popelina de Irlanda, color de lila, y de forma *Princesa ó Isabel de Baviera*: esto es, falda y cuerpo de la misma pieza; este lindo trage está abrochado de arriba abajo, con botones redondos de nacar: el borde de la falda está guarnecido con una tira de cisne, y lo mismo el escote muy bajo y que forma corselete bearnes con un poco de punta en el pecho y espalda.

Mangas cortas, guarnecidas de cisne y adornadas con dos botones como los de la falda.

Camiseta de foulard blanco con plieguecitos menudos, cuello y puños lisos.

Pantalón ancho de batista lisa.

Medias de hilo blanco, y botitas de raso del color del trage, abrochadas con botones de nacar.

Este trage es tan sencillo como lindo; puede ponerse á la niña, que lo use, abrigo bajo la camiseta de foulard, pues por ser tela de seda tupida, no se transparenta: sirve tambien para niña de mas edad, y si el color blanco del cisne pareciese demasiado delicado, se puede sustituir con piel de marta ó imitación.

FIG. 2.^a.—*Niña de doce años*: vestido de gros verde: la falda está adornada, en su parte inferior, por galones de cachemira verdes con dibujos de seda carmesi que forman cruces dobles: las cuatro puntas inferiores de estas cruces están adornadas con madroños de seda carmesi.

Cuerpo de chaleco por delante, y que por

detrás forma tres aldetas, adornado del mismo modo que la falda.

Mangas ajustadas y adornadas, en la parte superior y en la inferior, por cruces y madroños iguales á los de la falda.

Cuello alto de tela de hilo y puños iguales anchos.

En el cabello cintas de terciopelo negro.

Botitas de satén negro.

Recomendamos este lindo trage para las jovencitas hasta la edad de trece ó catorce años: se puede hacer asimismo en popelina de Irlanda, pues la hay tambien del mas hermoso verde; el adorno del trage no puede ser mas lindo y mas propio de una niña, por su sencillez.

FIG. 3.^a.—*Señora joven*: vestido de terciopelo negro: la falda muy larga, con bastante amplitud y sesgada en todos los paños desde la mitad para arriba, es enteramente lisa.

Cuerpo con aldetas todo al rededor, adornadas con un fleco de enrejado que termina en borlas: el mismo fleco forma hombreras, y adorna la parte inferior de la manga que es ajustada: el pecho se abrocha con botones de seda labrada.

Cuello y puños de batista lisa, adornados de un pequeño valenciennes.

Cofia muy pequeña de blonda negra, con fondo formando redecilla de tul floreado, y guarnecida al rededor por lazadas de encage de Chantilly; entre estas y el lado izquierdo, van colocadas graciosamente dos rosas, adornadas de ramas de capullos y hojas verdes.

Nada podemos recomendar mas elegante á una dama para recibir y para comida, que el trage que acabamos de describir: sienta bien á todas las edades: es de una suprema elegancia para una joven casada, y del gusto mas distinguido para una señora de edad, reemplazando la rama de rosas por otra de primulas ó acianos.

El terciopelo, cuando se emplea sin profusion de adornos, es del efecto mas encantador y mas lindo, y siempre aconsejaremos á las señoras, que usen los trages de esta clase, que los hagan lo mas sencillamente posible.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.